

CYRION EN BRONCE

TANITH LEE

Más cerca del cielo que los árboles, la torre se elevaba en el manto verde del oasis. Bajo ella una charca en reposo, adelfas, cañas, columnas de palmeras con sus rotas celosías de frondas, que el sol, en su recorrido hacia el oeste, había desgarrado con diminutos dardos rojizos. Más allá, en todas direcciones, las secas dunas del desierto, teñidas de cobre en sus laderas occidentales.

El individuo de la torre no miraba esto. Contemplaba un cristal montado sobre una base de bronce. El cristal le mostraba una zona de desierto a casi dos kilómetros de distancia del oasis. Otro hombre caminaba en la desnuda arena, avanzando hacia el Oeste en la misma dirección que el día. Hacia la torre.

El viajero era joven, alto y esbelto y vestía la indumentaria amplía y negra de los nómadas. Una espada envainada en una funda de cuero rojo descansaba en un costado. Pero el sol encendía su cabello rubio y su maravilloso rostro, provocando preocupación en el vigilante de la torre. Del desierto radiante, bello y terrible, habían surgido profetas. Profetas y demonios.

Algo se agitó debajo de la torre, cerca de la puerta atrancada con cerrojos. Juved, el vigilante, no se preocupó por ello, ya que había visto a menudo aquella agitación y conocía bien su naturaleza.

Dentro de poco el joven llegaría al oasis y la agitación aumentaría. Habría una reacción, un grito de sorpresa. El acero surgiría de la vaina roja, reflejando los rojizos rayos del sol. Sangre roja empaparía el polvo. Entonces, por poco tiempo, Juved tendría paz.

La última charca había sido envenenada, contaminada con sal. Los actos de vandalismo contra la escasa hospitalidad del desierto eran raros. Pocos hombres serían capaces de un crimen tan rastrero. Entre los nómadas, el castigo por una acción tal era severo.

Cyrion, tras encontrar el agua contaminada, había hecho la correspondiente señal de aviso y había proseguido su camino. Ciertas dotes desarrolladas entre los moradores del desierto le permitieron localizar un segundo oasis, aunque con el amargo sabor de la sal en su boca y una mirada que quizá fuera de ira tras sus largas pestañas. Era su segundo día sin agua, la materia que le mantenía alejado de la muerte.

Al llegar al segundo oasis se detuvo al borde de las adelfas para escudriñar rápidamente el paisaje. Vio el agua, los árboles, la torre. Si pasó algo por alto, no era algo evidente.

Se acercó a la orilla de la pequeña charca, se arrodilló e inclinó la cabeza, tomando el agua con la mano izquierda, repleta de anillos.

A sus espaldas se produjo una agitación entre los troncos de las palmeras.

Algo enorme de un extraño color desvaído apareció en un abrir y cerrar de ojos.

Cyrion siguió bebiendo. Hubiera sido difícil asegurar que los movimientos de su mano eran más ligeros o que su posición se había alterado un poco.

Una sombra se extendió sobre la charca. En un instante, Cyrion se encontró a dos metros del sitio donde se había arrodillado, y algo cayó justamente en ese punto. Al no alcanzar a Cyrion, la criatura bramó de cólera, se irguió y corrió velozmente hacia el hombre que había intentado apresar con sus inmensas pálidas manos cuyas puntiagudas uñas median más de diez centímetros.

Cyrion permaneció inmóvil empuñando casi con delicadeza la espada desenvainada. Su rostro delató una moderada sorpresa ante lo que tenía delante: un ser, probablemente, forjado en el infierno.

En cierta forma se asemejaba a un hombre, salvo que era demasiado alto, dos metros y medio o quizá más, y demasiado enjuto para mantenerse en pie, cosa que sin embargo lograba perfectamente. Era de un horrible color blanco desvaído, su palidez resultaba extraña en un escenario como aquél, bajo un sol tan ardiente. Cabellos blanquecinos ondeaban en su cráneo como una bandera. Sus ojos - porque tenía ojos - centelleaban con una obstinada avidez de sangre. No iba armado, aparte de sus garras, que eran arma suficiente.

Después de una pausa, como si esperara asustar al adversario con su presencia, la criatura arremetió de nuevo contra Cyrion.

Y Cyrion, por segunda vez, no se hallaba ya en el punto de impacto. La fiera atrapó, en cambio, una palmera y lanzó otro alarido de furia. La bellísima espada destelló y ejecutó un golpe que debería haber partido en dos al monstruo. Pero la espada resbaló sobre la carne blanquecina sin encontrar tejido o hueso, sin hacer manar icor alguno, sin producir heridas.

Cyrion huyó presa del horror.

Garras negras rasgaron el aire a un dedo del cuello de Cyrion. Por segunda vez la espada brilló y golpeó con violencia, ahora en el estómago del monstruo, y se retiró sin manchas de sangre y dejando la carne intacta. De cerca, desnuda y amenazadora, se podía ver que la bestia no tenía ombligo, mientras que en sus pelados lomos había otras omisiones. En la cabeza, los labios parecían cóncavos, la nariz estaba abollada de modo

similar y sus ventanas sobresalían, y los feroces ojos eran como pozos. Una caricatura invertida de un hombre... Incluso las garras se curvaban al revés, hacia fuera en lugar de hacia dentro.

Cyrion abandonó su posición una vez más, pero en esta ocasión los garfios rasgaron su manga y la espada. Resbalando sobre una muñeca impenetrable, alcanzó uno de los garfios produciendo un ruido extraño. El monstruo chilló y saltó bruscamente hacia atrás.

Imitándole, Cyrion dio media vuelta y corrió. Cuando la bestia, recuperada, se lanzó en su persecución, Cyrion se volvió súbitamente y descargó la espada como si fuera un látigo, buscando las dos decantes manos inhumanas, en un solo movimiento de torsión. El ruido que produjo fue de acero guadañado. Saltaron escamas negras en la atmósfera rosada, seguidas por diez caudalosos chorros de un líquido blanco y viscoso.

Aullando agónicamente, la fiera cayó sobre sus extrañas rodillas con la cabeza colgando. A sólo metro y medio de la tierra, ondeó su mechón y entonces se hizo vulnerable. Cyrion asió el cabello con la mano izquierda y lo cortó con la espada. Al igual que las uñas, el cabello «sangró» en abundancia.

Estremeciéndose y gimiendo, la criatura se desplomó pesadamente al borde de la charca, entre las cañas. Su icor blanco manchó la arena. El monstruo se retorció diabólicamente, como si entrara en coma antes de morir.

Los gemidos fueron apagándose, pero se oyó un nuevo alarido, esta vez procedente de la torre.

Cyrion escuchó el estruendo de cerrojos y barras abriéndose y, de pronto, un hombre se precipitó hacia el agua tambaleándose. De corta estatura, rechoncho, piel oscura y cabello negro, el recién llegado iba vestido con una ropa sujeta con escarabajos y similares artilugios taumatúrgicos.

—Extranjero —dijo a Cyrion—, has realizado una hazaña imposible.

Cyrion limpió su espada en las cañas.

—Eres muy amable —respondió modestamente.

—Comprendo tu mofa —afirmó el hombre de la torre—. Pero ¿cómo has descubierto el punto débil del monstruo?

—Era evidente que se trataba de la inversión de un hombre. Las partes vulnerables de un hombre resultaban impenetrables en la fiera. Por tanto, las partes del hombre que pueden ser cortadas sin daño, las uñas y el cabello, eran fatídicas para esta criatura. Está agonizando, pero aún no ha muerto.

—Tienes razón. Me has prestado un gran servicio. Durante tres años, ese ser vil me ha cercado en esta torre. No soy hombre de armas, sino un filósofo. He rogado a Dios para que enviara hombres como tú. Me llamo Juved. Entra en mi refugio, por favor. Comparte mi comida. Permíteme que te muestre los tesoros que he acumulado. Elige lo que quieras. Estoy en deuda contigo.

Juved condujo a Cyrion a una espaciosa sala que se abría en lo alto de una escalera de piedra.

Había instrumentos de magia, por todas partes, cráneos lustrados y cartas estelares. Una gran ventana orientada al este permitía la observación del cielo y también había un cristal de clarividencia montado en bronce. Otros aparatos yacían en arcas, en estantes sobre una mesa. Una segunda mesa contenía fiambres, dulces, frutas, una jarra de vino, copas plateadas y áureos recipientes de especias. En la pared sur, una puerta entreabierta dejaba ver un sombrío dormitorio y los fulgores dispersos de objetos vagos.

Juved parecía fatigado, bien a causa de la excitación o por haber bajado y subido las escaleras. Casi se derrumbó en una silla tallada e hizo señas a Cyrion para que se aproximara a la comida y al vino.

—Estoy impresionado por tu banquete —dijo Cyrion—. ¿Dices que has estado tres años prisionero aquí?

—Apreciado amigo, no estoy fanfarroneando. Soy mago. Puedo tener estas cosas. Lo único que escapaba a mi poder era ese ser espantoso que está fuera.

Cyrion comió un poco de pan y un poco de carne y examinó las especias: jengibre, nuez moscada, pimienta, sal y canela. Después cogió la jarra de vino.

—Para mí también, por favor —dijo Juved entonces—. Estoy exhausto, mi querido amigo, y debo recuperarme. —Cyrion sirvió una copa de vino y la pasó a su anfitrión. La mano de Juved tembló al cogerla y el mago rió humildemente—. Disculpa mi debilidad. Echa un vistazo a la habitación contigua y elige lo que desees.

Cyrion abrió de par en par la puerta entornada. Había un lecho. El resto de la cámara contenía misteriosas estatuillas, talismanes, figurillas de animales y placas impresas. Todo era de materiales preciosos: oro y plata, ónice, marfil y jade. Pero apoyado en la pared y casi oculto por la puerta, un fino óvalo colgaba de un gancho. Brillaba débilmente pese a que el óvalo había sido tapado con una gasa negra que, curiosamente se soltó del gancho y cayó al suelo cuando Cyrion se volvió para contemplarlo.

Quedó al descubierto un espejo de bronce, perfectamente pulimentado, que reflejó a

Cyrion con la misma perfección y casi con la misma claridad que un espejo de vidrio.

—Así que has descubierto el espejo de Zilumi —dijo Juved.

La voz del mago fue más vigorosa. Rebosaba de alegría. No veía el espejo de la otra habitación, pero veía en cambio a Cyrion y por ello podía, al parecer, apreciar el interés de su invitado por la pared este:

—¿No es hermoso? —preguntó Juved.

—Los nómadas tienen un dicho. Es difícil ver a través de un velo.

Juved pareció intranquilizarse.

—¿Acaso no ha caído el velo del espejo? Siempre cae cuando alguien entra ahí... debido a una corriente de aire, sin duda.

—El velo ha caído —aclaró Cyrion.

Permanecía ante su imagen y daba la impresión de que reflexionaba o satisfacía su vanidad; pero se había puesto extrañamente pálido.

—Seguro que recuerdas la historia de Zilumi —dijo Juved, de nuevo jovial—. El padrastro de Zilumi, el rey Hraud, tenía encarcelado al profeta Hokannen en sus mazmorras y Zilumi, que le había visto, quedó prendada de él. Ella era hechicera y, en parte, diabólica. Tenía los ojos dorados y su cabello era del mismo color que el espejo de bronce. Hraud la deseaba y, una noche, le rogó que bailara para él ciertas danzas eróticas que los demonios habían enseñado a la hechicera. Embriagado por el vino, el rey le prometió joyas y riquezas si bailaba aquellas danzas y, cada vez más beodo y lujurioso conforme ella se obstinaba en negarse, acabó jurando, en nombre de Dios y ante toda su corte, que a cambio de una sola danza entregaría a Zilumi cualquier cosa que ella le pidiera. Zilumi aceptó. Su danza fue tal que, según dicen, las velas apagadas se encendieron solas. Acabado el baile, Zilumi recordó al rey su promesa. Hraud se echó a reír y preguntó qué deseaba.

»—Dame la cabeza de Hokannen —dijo Zilumi.

»Hraud se sobresaltó y quedó horrorizado, puesto que, a pesar de haber encarcelado al profeta y de tenerle pudriéndose en las mazmorras, temía matarle. Pero Zilumi insistió.

»—Has hecho un juramento ante Dios y ante tu corte.

»Entonces Hraud hizo otros ofrecimientos: cofres de oro... hasta su propio reino... Pero Zilumi se mostró inflexible.

»—La cabeza de Hokannen y sólo eso.

»Por fin, sudando copiosamente, Hraud accedió y se dispuso a llamar al verdugo. Pero Zilumi volvió a tomar la palabra.

»—Está claro que si me ofreces su cabeza me haces entrega de su vida.

»Hraud, presa del remordimiento, asintió.

»—En ese caso —dijo Zilumi—, ya que me has otorgado la vida de Hokannen, no haré que lo maten, sino que le dejen en libertad.

»Así engañado, Hraud tuvo que resignarse. El profeta fue puesto en libertad y Zilumi, renunciando a su vida suntuosa y de brujería, acompañó a Hokannen al desierto. Allí, para demostrarle lo sincero de su actitud, Zilumi se cortó el pelo y abandonó en la arena sus elegantes ropas, e incluso se deshizo de sus instrumentos mágicos, entre ellos, este espejo que le había permitido hacer los encantamientos más terribles.

Cyrion no se había movido.

—Conozco la fábula —dijo—. Mucha gente afirma poseer restos de las pertenencias de Zilumi.

—Pero este espejo... —dijo Juved en voz baja—. Este espejo te demostrará que es un objeto de maldad.

El vigilante de la torre, que se había recuperado lo bastante como para cruzar la puerta, tomó por el brazo a Cyrion, le hizo salir del dormitorio y le llevó a la habitación principal.

—Mi apuesto guerrero, ¿no has sentido cómo te absorbía el alma?

—¿Por qué supones que tengo alma? —replicó despreocupadamente Cyrion, que ya había recuperado el color.

Un atisbo de recelo alteró la sonrisa de Juved.

—Me disgusta destruirte de este modo —dijo el mago—. Pero el egoísmo ha triunfado. Deseo vivir. Y aunque me desagrada acabar con tu vida, lo que debe hacerse, debe hacerse. Los conocimientos mágicos que puedo proporcionar al mundo serán una compensación suficiente a la pérdida de tu efímera belleza y tus habilidades. Dios me perdonará.

Juved se mostró enérgico. Su beatífica sonrisa reflejaba regocijo.

—Te he contado una historia —continuó el mago—. la de Zilumi, Hraud y Hokannen. ¿Debo contarte también la de Juved y el espejo?

Cyrion se acercó a la ventana. Resultaba difícil adivinar sus pensamientos, pero miró a través de ella como si algo invisible o una voz imperceptible, le hubieran llamado desde el oasis. En aquel momento el cielo oriental brilló como un topacio envuelto en llamas. Algo se ocultaba entre los árboles bañados por el sol, cerca del agua que el ocaso había teñido de rojo. Un ser diminuto, indefinido, imperceptible. ¿Una sombra? ¿Una sombra blanca? El lugar donde el monstruo había yacido en su coma mortal... estaba vacío.

—Conseguí el espejo de bronce de Zilumi, no importa cómo —dijo Juved—, para utilizarlo en determinados experimentos de magia. Era muy ligero, extraordinariamente ligero, y sin una sola imperfección, como habrías podido comprobar. Pero, por desgracia, tenía un terrible dispositivo de seguridad, quizá colocado por la princesa hechicera en su época de bruja, del que sólo ella podía beneficiarse en virtud de sus poderes. Desde aquella época había estado sepultado en un ataúd del que sólo feroces conjuros podían liberarlo. Yo lo conseguí y fui el primer hombre que miró el bronce. Al instante sentí un desmayo, como si tiraran de mi espíritu, de mi alma o de cierto elemento intrínseco semejante, como si me arrancaran despiadadamente una parte de mi organismo. Cuando disminuyó la tensión, investigué la causa con frenética actividad. Esta torre, a la que había venido en busca de retiro durante mis experimentos, ya estaba investida de propiedades talismánicas por mi propia voluntad. No podía existir ningún peligro entre sus paredes. Pero, espionando por la ventana, avisté... Adivina qué avisté, apuesto guerrero.

—Ni en sueños sería capaz de hacer adivinaciones —dijo cortésmente Cyrion. Sus ojos seguían clavados en el oasis.

—Tal vez seas un sabio —replicó Juved—. Te revelaré lo que vi. Era un ser de aspecto vagamente humano, de dos metros y medio de altura, tan pálido como el acero fundido y dotado de garras negras... Estaba al acecho. Rugía y babeaba. El espejo, ¿comprendes?, arrancó algo de mí, lo utilizó contra mí, lo invirtió y creó el opuesto exacto de mi persona: gigantesco y delgado, porque yo soy bajo y regordete, blanquecino, debido al color oliváceo de mi piel, primitivo, bárbaro y feroz porque yo soy tímido y cortés.

»Pero no soy un necio. Atranqué las puertas de la torre como precaución y, estudiando mis pergaminos y papiros, descubrí la naturaleza exacta de la criatura. Así supe que su anhelo principal era matarme y beberse mi sangre, y que, después de mi muerte, la criatura se esfumaría y dejaría de existir. Sabía que yo no podía, aunque tuviera el coraje necesario, atacar y matar a la fiera, porque si ella moría; suponiendo que yo descubriera un punto débil para hacerla vulnerable, también yo perecería. Estábamos unidos en el espíritu aunque fuéramos opuestos. Para salvarme disponía de dos medios. Decidí adoptar el primero. Debía atraer a otras personas a este lugar usando mi magia. Atraer a tantas personas como pudiera. El monstruo se precipitaría sobre estos inocentes,

haría una carnicería con ellos, les dejaría sin sangre y devoraría su carne, órganos y huesos. Cuando saciara su horrible apetito, me dejaría en paz e incluso me permitiría alejarme a cierta distancia del oasis, aunque nunca muy lejos de él. Hace poco visité un oasis y lo contaminé con sal, cosa que ha sido muy útil para atraer nuevas víctimas a esta charca. En cuanto al segundo método, jamás pensé en ensayarlo, en parte porque exigía que hubiera otra persona en la torre y eso significaba una imprudente disminución de sus defensas talismánicas. Además, el monstruo eliminaba a todos los recién llegados. Ni un solo viajero llegó hasta mi puerta, pese a que yo confiaba en poder invitarles a entrar.

»Y después, querido amigo, llegaste tú. Tú resolviste el problema del punto vulnerable del monstruo y le pusiste a las puertas de la muerte... una muerte que también habría sido la mía, ya que esa fiera y yo estábamos compartiendo una misma alma. Por eso corrí a tu lado, por eso actué como anfitrión, por eso te conduje a la habitación que contiene el espejo de bronce. Porque el segundo método de huidas es éste: si un hombre se contempla ante el espejo después de mi, perderá su alma cambiándola por la mía. Su psíquico será absorbido y el mío liberado. Mi inversión desaparecerá y se realizará la de ese otro hombre. ¿Y cómo será en tu caso, extraño héroe? De baja estatura, porque tú eres alto; grueso, porque tú eres esbelto; de piel blanca, porque la tuya está curtida por el sol; de cabello negro, porque tú eres rubio; horrible, porque tú eres hermoso. Mira por la ventana y dime, ¿no es así?

—Puedes juzgar por ti mismo —dijo Cyrion.

—Mi descanso está asegurado, no hay duda. Pero creo que planeas vengarte, apreciado luchador. Mis planes son mucho más meditados. En primer lugar, tal vez se te ocurra que, si fueras capaz de obligarme a mirarme de nuevo en el espejo, se efectuaría una vez más el intercambio: tu alma quedaría liberada y la mía atrapada. Y no te equivocarías. Pero durante mi estancia en este lugar he descubierto y preparado conjuros en previsión de hechos tan improbables como el que se presentara alguien y destruyera a mi opuesto. En caso de que me viera obligado a mirarme en el espejo de bronce por segunda vez, me bastaría con pronunciar una frase para quedar a salvo del encantamiento. Puedo estar ante el espejo sin miedo alguno, siempre que recite esa frase... o, simplemente, trayéndola a la memoria: mutilar mi lengua no te serviría de nada. Y no hay forma alguna, créeme, de que me obligues a mirarme en el espejo de bronce sin que yo sea consciente de ello. Si el espejo estuviera oculto, camuflado, digamos, tras una cortina o un espeso velo, de manera que no pudiera verlo, mi reflexión no brotaría de la superficie y la absorción mágica no tendría efecto. Tal vez pienses que eres capaz de eludir mis encantamientos de otra manera: dejándome inconsciente y poniéndome frente al bronce. Pero tampoco esto te serviría de nada. Dormido o inconsciente, mi psiquis, como la de cualquier hombre, está separada de mi organismo y no sería absorbida por el espejo. En cuanto recuperara la conciencia, pronunciaría o pensaría la frase mágica y ello anularía la influencia del espejo. Así las cosas, te aconsejo que te resignes a tu suerte y que aceptes la muerte.

»No puedes, tal como hice yo, sustituir tu sangre y tu vida por la sangre y la vida de otra persona. Soy la única víctima alternativa. Y a pesar de que quedé indefenso frente a la emanación que el espejo produjo partiendo de mi cuerpo, tengo poderes contra la emanación de otra persona y me he protegido utilizando mi magia y lo que es más importante, he anulado las defensas talismánicas de la torre, posibilitando así que tu inversión entre y te destruya. Creo que se han perdido inútilmente un número de vidas excesivo. Tú me has dado la oportunidad de ser libre y tu muerte será la última. En consecuencia, cuanto más rápido, mejor. Puedes ofrecerte en sacrificio al monstruo que es tu opuesto o puedes aniquilarle. En cualquier caso, los resultados serán idénticos. Tú y la criatura moriréis. Lo lamento, pero me estoy endureciendo. Consuélate pensando que tu muerte permite sobrevivir a un filósofo magistral.

—Tal honor me resulta abrumador —dijo Cyrion.

Una décima de segundo después de pronunciar estas palabras, Cyrion, ligero como una liebre, había atravesado la puerta y bajaba las escaleras.

El alter ego de Cyrion, nacido del espejo de bronce de Zilumi, esperaba agazapado en la noche que iba haciéndose más densa, con un brillo tétrico como el de un faro.

Era tal como Juved había profetizado.

De baja estatura, porque Cyrion era alto; grueso, porque él era esbelto; grotesco, porque él tenía rasgos delicados; repugnante, porque él tenía buena apariencia. En la cabeza repulsiva, blanca, lechosa, alambres negros, la antítesis del cabello de Cyrion. En su zarpa derecha, dedos terroríficamente agarrotados con una sarta de anillos. En la garra izquierda, una especie de espada, más ancha en la punta que en la base.

El monstruo rió entre dientes, sonrió estúpidamente, provocó. Los raigones que eran sus dientes hicieron una mueca y la criatura avanzó hacia Cyrion en la oscuridad como una luminiscente bola de sangre.

Pero el opuesto, lógicamente, era torpe, porque Cyrion se movía con agilidad; desmañado, porque Cyrion era apuesto.

Con una facilidad asombrosa, Cyrion se hizo a un lado, alargó el brazo, alcanzó los alambres negros y los cortó. El ser se derrumbó y de él brotó una sangre blanca y fosforescente. La espada de acero golpeó dos veces más y las uñas cayeron entre las adelfas que respiraban la noche. La fiera aulló en su agonía. Cyrion sintió su muerte. La muerte de su inversión, que sería la suya propia. Pero no podía decirse que la sintiera, por más que fuera verdad.

Cyrion corrió hacia la torre. Eliminados los talismanes, nada le impedía la entrada. Sus pies entraron en contacto con la piedra casi sin ruido y subieron los escalones de tres en tres. El gimoteo de la criatura del oasis amortiguaba los ruidos de Cyrion.

Juved no le esperaba. Al menos, no así. Como un relámpago, Cyrion disparó su proyectil en la habitación. El mago quedó boquiabierto durante un instante. Un momento después, el pesado cristal de clarividencia, que Cyrion había cogido al pasar, chocó contra la frente de Juved en un golpe terrible.

Juved volvió en sí en medio de un gran malestar, náuseas y confusión. Aunque conservaba intacto el recuerdo de lo sucedido —el espejo, el truco, Cyrion y el cristal—, estos recuerdos quedaban empuñados por su atroz agonía y la asombrosa cantidad de sal que, de modo sistemático, había sido frotada contra sus labios, lengua y encías. Se puso de rodillas torpemente, mientras el asco le hacía abrir la boca y le obligaba a escupir, cogió la copa de vino que había sobre la mesa y bebió ansiosamente, sin percatarse del gusto de la bebida. Fue un error, pues también el vino había sido adulterado. El contenido de los recipientes de especias había sido vaciado en la jarra y en la copa. No sólo sal, en esta ocasión, sino también canela y pimienta, nuez moscada y jengibre. Las náuseas aparecieron de nuevo.

Aliviado pero tembloroso, con los ojos inundados y la garganta reseca como un hueso, Juved bajó cautelosamente la escalera de la torre. La venganza infantil de Cyrion le desconcertó e irritó. Un hombre joven como Cyrion, con su porte singular, que no aceptaba la muerte de buen grado, o que ni siquiera se resignaba a morir... Y aquella broma cruel de las especias... Juved sintió profundas náuseas y, tambaleándose, recorrió a toda prisa el resto del camino hasta llegar a la fría tranquilidad del oasis bañado por las estrellas.

La luna asomaba sobre las palmeras, un grabado al aguafuerte tan nítido como el marfil tallado, inundando el agua de la charca con un resplandor milagroso.

Pese a la jugarreta de Cyrion. Juved había obrado acertadamente y con gran astucia. No habría nada que temer. ¿Qué era un efímero malestar comparado con una muerte salvaje...?

Complacido con su filosofía, Juved se arrodilló junto a la charca e inclinó la cabeza sobre el agua. Temeroso, desvió la mirada de las adelfas. Muy pronto, el horrible ser moriría y desaparecería. El cuerpo de Cyrion no estaba allí, un hecho feliz. El guerrero había tenido, al menos, la delicadeza de adentrarse en el desierto para morir.

Juved probó el líquido reconfortante y puro de la charca. A pesar de la repentina sensación de estar flotando, producida por su malestar, el mago bebió con gran calma y

creciente complacencia, hasta que una sombra alargada empañó el reflejo la luz de la luna sobre el agua.

Entonces, con un grito de incredulidad, Juved se encogió ante aquella mole impresionante, pozos llameantes y zarpas desgarrantes, del ser que era su inversión, el mismo que había surgido del espejo la primera vez.

Tumbado un poco más allá de las adelfas, en las dunas oscuras como la noche, Cyrion, inmóvil como la arena, esperó a que la vida fuera volviendo a su cuerpo.

Había hecho muchas cosas en la torre antes de dejarse caer allí. Mientras el monstruo agonizante le arrebatava la vida inevitablemente, Cyrion comprendió que iba a pagar con la muerte aquella victoria. Pero la muerte no es un paso positivo, no es una garantía, no es un honor. Tras esta reflexión quedó inmóvil, con la luna blanca ante sus ojos, esperando extinguirse o continuar viviendo.

Pero la vida es la vida, y trajo con ella su propio bálsamo.

No tardó en poder ponerse en pie. Se acercó a la charca, procurando mantenerse alejado del borde del agua pese a que allí no había nadie, ni rastro del mago ni del monstruo.

Meticulosamente, Cyrion garabateó en los troncos de las palmeras la señal de aviso de que el agua del oasis estaba contaminada.

A continuación, a la distancia que consideró adecuada, cavó el suelo y lanzó a la charca gran cantidad de arena y tierra. Fue una tarea aburrida, pero Cyrion no la abandonó hasta que el oasis quedó empantanado y el nivel del suelo más levantado que antes. De este modo, Cyrion había enterrado y hecho desaparecer algo que antes había estado simplemente camuflado, algo cuyo poder no pudo ser destruido por el agua durante la noche. Con la arena había ocultado el espejo de bronce que arrojó a la charca media hora antes de que Juved se inclinara sobre ella para beber.